



LAS JAURÍAS

ALBERTO GIL



PREMI  CONFIDENCIAL 2020
PREMIO INTERNACIONAL DE NOVELA NEGRA

En abril de 1965, en un pueblo extremeño fronterizo con Portugal aparecieron los cadáveres del general Humberto Delgado y de su secretaria. Los asesinatos fueron obra de la policía política portuguesa, por encargo del dictador Oliveira Salazar y con la colaboración de Franco. Muchos años después, para Abel Castro, un viejo periodista en paro que trabajó en el caso, se trata de un asunto olvidado. Pero deja de serlo al recibir la visita de Catarina, una joven fotógrafa portuguesa que tiene el encargo de recorrer los escenarios de los crímenes y quiere aclarar un misterio que la atormenta. Coincidiendo con el asesinato de Humberto Delgado, el único hermano del padre de Catarina desapareció para siempre y ese hecho, como un veneno de efecto retardado, destruyó a toda su familia. Abel acabará acompañándola en un viaje fronterizo en el que descubrirán que aquel pasado inquietante y lejano aún está lleno de amenazas.

A Joaquina

*Não vejo terras de Espanha e areias
de Portugal.
Vejo sete espadas nuas que vêm para
vos matar.*

*Fragmento de A Nau Catrineta,
del romancero popular portu-
gués*

1

Fiel a la rutina que se ha impuesto desde su despido, Abel Castro empieza por prepararse un café bien cargado. Camina descalzo por la cocina y se dirige al baño dando sorbitos. Sus pasos ni siquiera son un rumor en el silencio de la casa y a medida que sus músculos se desentumecen, comienza a sentir el tacto helado de las baldosas y el frío le sacude el cerebro abotargado por el insomnio. La noche ha sido larga y plomiza. Solo han pasado diez minutos desde que el despertador lanzara su graznido habitual, él lo callara de un manotazo y remoloneara dudando si a su edad sigue obligado a levantarse como si fuera a trabajar.

Ya en su mesa, enciende el ordenador, mira el correo electrónico esperando un milagro imposible y echa un vistazo a las ediciones digitales de la prensa extranjera, *The Guardian*, *Le Monde Diplomatique* y algún periódico portugués. Busca pronósticos o simples comentarios sobre la situación en España. Son escasos, pero le merecen más crédito que la prensa madrileña.

A las diez se prepara otro café, este doblemente cargado, sale de su casa en Manuela Malasaña y baja hacia la plaza del Dos de Mayo. Sobre el adoquinado de la calle San Andrés hay restos de botellas rotas, cagadas de perro y un amasijo gris de plumas aplastadas. Alguna vez debió ser una paloma.

En el trayecto evita la entrada del *parking*, donde se suele concentrar el olor a orín. La maniobra no le sirve de mucho. Es lunes y, tras un par de días sin servicios de limpieza, la pestilencia le llega desde la otra acera. Así que

aprieta el paso atisbando de refilón una pintada en grandes letras rojas: «Siempre perdiendo, jamás vencidos».

Es la obra de un grafitero de fin de semana. El sábado no estaba, seguro. Se habría fijado en esas palabras que podrían ser suyas salvo por dos detalles: él nunca las escribiría en una pared y denotan un sentido de la épica que mantiene a duras penas.

A los sesenta y tres años, Abel se siente en caída libre. Un sentimiento agudizado desde que un ERE en el periódico lo dejó en la calle junto a un centenar de trabajadores de la plantilla. Redactores experimentados, editores, administrativos y fotógrafos. Gente curtida, pero poco familiarizada con «las nuevas exigencias tecnológicas», en palabras de la empresa, que los reemplazó por una cuadrilla de bloggers, becarios y *community managers* dispuestos a trabajar desde casa. «Los accionistas exigen sangre fresca», justificó el director.

Antes de llegar a la plaza del Dos de Mayo, un nuevo olor reclama su atención. Viene de la calle Fuencarral, donde un grupo de bomberos se afana con los restos humeantes de un contenedor de papel. Alguien lo habrá incendiado esta noche.

Como un armazón metálico en una casa agrietada, Abel se ha construido un andamiaje de pautas, horarios, incluso trayectos y paradas fijas, que se ha transformado en un corsé de manías muy estrictas. Se asoma a la plaza, se acerca al quiosco y observa las portadas de los diarios ante la indiferencia del quiosquero, que hace tiempo lo ha descartado como cliente. La vista de los titulares —previsibles y apocalípticos— evoca el papel ardiendo en el contenedor y Abel sonríe ante esa inconfesable asociación de ideas.

En los cien metros que lo separan del Pepe Botella, todavía le falta cumplir un par de ritos: comprar un paquete de Coronas y, al salir del estanco, intercambiar un leve saludo con un indigente alto y con aire de profeta enajenado que ha fijado su hogar en un banco de la plaza.

Después ya solo le queda entrar en el Pepe Botella y ocupar su mesa junto a un ventanal. A esas horas siempre la encuentra vacía, como si el destino se la reservara hace tiempo. Así que nadie le discutirá su derecho a ese rincón donde pasará buena parte de la mañana acompañado de un simple café, un vaso de agua y un pequeño bloc. Un cuadernillo negro que se cierra con una goma y de los que ha comprado media docena en el Tiger más próximo.

De cuando en cuando, las hojas de color hueso se van llenando de anotaciones y borradores de artículos. Son textos que escribe para sí mismo —puñetazos en el vacío—, a los que ha bautizado con un título sarcástico: «El Gran Tema de Hoy».

Sin darle tiempo a abrir su cuaderno, Arancha se acerca a la mesa con el café ya listo, el vaso de agua y la pregunta de costumbre.

—Buenos días, ¿alguna novedad?

Abel improvisa una respuesta que no suene demasiado protocolaria:

—He quedado a comer con mi hijo. Parece que tiene algo que contarme.

—Espero que sea bueno, ya andamos sobrados de malas noticias.

—No me hago muchas ilusiones.

—También andamos sobrados de pesimismo, así que anima esa cara.

Abel se limita a arquear las cejas.

—Suerte, y dale un beso a Gonzalo de mi parte —se despide Arancha desviando la mirada hacia un cuarentón que entra con el *20 Minutos* bajo el brazo.

El recién llegado les dirige un gesto de saludo, la encargada vuelve a la barra y Abel remueve el café, como si removiera su propia desazón ante la cita.

Su hijo le telefoneó la noche anterior, muy tarde, y Abel percibió un leve temblor en su voz, como si llevara todo el fin de semana aplazando esa llamada. Le duele intuir que, a

sus veintiocho años, a Gonzalo todavía le cuesta sincerarse, y que eso anticipa algo que no le va a gustar.

Gonzalo llevaba años buscando trabajo de economista, después de una carrera meteórica, y hasta hace poco solo había tenido ofertas de empleos basura. Tres o cuatro horas a la semana por un salario de miseria.

Abel lo presionó para que aguantase y trató de convencerle de que la situación económica tenía que mejorar. Algo que no se creía ni él mismo. Incluso le consiguió un pequeño enchufe en el periódico. Una colaboración sobre negocios con futuro, que estuvo a punto de mandar a la mierda tras el despido de su padre. Abel le pidió que no lo hiciera. Seiscientos euros al mes es un pellizco y el patio no está para heroicidades.

Además, siempre ha preferido tenerlo cerca. Desde que lo despidieron se ven a menudo y eso ha convertido a Gonzalo en su único interlocutor. Y para alguien tan poco comunicativo, las charlas con su hijo alivian su creciente aislamiento y de paso lo mantienen al tanto sobre la marcha del periódico.

Fuera, la plaza empieza a cobrar vida. Algunos vecinos salen con la compra del supermercado cercano y sobre la acera se van instalando los puestos habituales. Libros de viejo, discos usados y trastos de todo tipo.

Abel se toma su tiempo en mirar cómo los vendedores descargan la mercancía de las furgonetas y la colocan con la resignada tenacidad de todos los días. La misma con la que él los observa desde el ventanal.

A lo largo de la mañana solo les comprarán tres o cuatro cosas, pero ahí están, inmutables, como las esculturas humanas de la Puerta del Sol. Igual que él, en su eterno rincón y junto a un antiguo espejo que le devuelve su imagen descascarillada. En realidad, nada lo separa de ellos. Ni siquiera ese ventanal, que en días como hoy permanece abierto de par en par. Todos están a la intemperie.

Abel regresa al último sorbo de su café, casi frío, y abre el bloc. Ya tiene título para su tema para hoy: «El misterio de las estatuas». Esa ingente multitud que sigue en pie y que, como los dueños de los tenderetes, parece soportar estoicamente el calor, la lluvia y, lo peor de todo, esa cascada maloliente de noticias sobre filtraciones policiales, políticos corruptos, empresas que cierran, declaraciones tóxicas y nostálgicos de la dictadura.

A punto de ponerse a escribir, un alarido le hace levantar la cabeza. Es el indigente con aspecto de profeta enajenado, que parece bramar en un idioma incomprensible.

2

Algunas horas más tarde ha llegado el momento de acudir a la comida con Gonzalo y dejar la mesa libre. Un ventanal del Pepe Botella es una pieza cotizada, así que alguien la ocupa de inmediato en cuanto Abel paga el café, añade la propina de rigor y se despide de Arancha, que le responde con un «Que tengas un buen día» más animoso de lo habitual.

La cita es muy cerca, en El Chaparro, su restaurante de siempre, y en cinco minutos está entrando en el comedor, donde ya lo espera Gonzalo. No hay nadie más pero el televisor clama a todo volumen.

Gonzalo está atento a la pantalla y tarda en darse cuenta de su presencia. Cuando lo ve, se levanta precipitadamente, reacciona con una sonrisa algo forzada mientras le da dos besos y señala al televisor, donde siguen el juicio a un grupo de empresarios marrulleros, sentados en el banquillo. Acto seguido aparecen los mismos personajes en imágenes de archivo, presidiendo alguna asamblea de accionistas. Tipos que se mueven con aplomo.

—Nuestros ciudadanos ejemplares —dice mientras se sienta frente a su hijo.

—Los que nos pedían que nos apretáramos el cinturón.

Abel repara en que en la mesa hay una cerveza a medio terminar y cuatro o cinco bolas de miga de pan.

—Imagino que no me has llamado para ponerme al corriente sobre la ética de nuestros grandes empresarios.

—No, claro —sonríe Gonzalo—, son buenas noticias. Si te parece, pedimos y te cuento. Y déjame que esta vez invite yo.

Abel echa un vistazo rápido a la carta que el camarero de costumbre acaba de dejar en sus manos.

—Comeremos lo de siempre, así que nos podemos ahorrar los preámbulos: croquetas, alitas de pollo y champiñón al ajillo.

—¿Y para beber? —pregunta el camarero casi por cubrir el expediente.

—Dos Mahous muy frías —decide Gonzalo.

El camarero vuelve a la barra y Abel observa atentamente a su hijo. Todavía le sorprende que ese muchacho corpulento, de frente despejada y expresión inocente tenga algo que ver con él, más bien flaco, nervudo y lleno de resabios. Tampoco sus miradas se parecen. Los ojos de Gonzalo son de un verde impreciso, limpios y reflexivos. Como los de su madre. Los de Abel son oscuros y, pese al desgaste de los años, mantienen el hábito de escudriñar a quien se ponga delante. Como en ese preciso momento.

—¿Y bien?

—Hay dos novedades. —Gonzalo evita su mirada—. Una te incumbe directamente y la otra es que he recibido una oferta de trabajo.

Abel reordena sus cubiertos.

—Para empezar, no quiero que te lo tomes a mal —prosigue Gonzalo.

—No me vuelvas loco. Has dicho que eran buenas noticias.

El camarero llega con las cervezas y Gonzalo espera a que se vaya.

—El jueves estuve en el periódico y pillé al vuelo una conversación entre Marcos Jiménez, el nuevo redactor jefe de Internacional, y Catarina Chagas, una portuguesa que hace colaboraciones. Ella estaba proponiendo un reportaje sobre La Raya en la zona de Badajoz y salió a colación el asesinato del general Humberto Delgado. Lo que pasó realmente.

—¿Lo que pasó realmente? —En boca de Abel, la pregunta suena mordaz.

—Les dije que habías trabajado a fondo en el caso, que en Lisboa cubriste el juicio a los asesinos y tienes mucha información. Supuse que tratándose de un crimen cometido en España en pleno franquismo te gustaría participar.

Abel echa su primer trago.

—Es un asunto muy trillado. Y creo que a los lectores no les va a interesar lo más mínimo algo que sucedió en los años sesenta.

Gonzalo tuerce el gesto.

—A Marcos le gustó la idea. Dijo que un crimen político sin aclarar nunca pasa de moda.

—No creo que pueda aportar nada nuevo a estas alturas.

—¡¡Venga, papá!! Siempre has dicho que quedaron infinidad de cabos sueltos. Puede que sea el momento de despejar dudas. Ahora es más fácil consultar los archivos.

—No estoy seguro. Con la Ley de Secretos Oficiales han conseguido blindar el pasado. De momento, la mayoría de los documentos siguen clasificados. Y en eso parece que todos los grandes partidos están de acuerdo.

—Al menos podrías intentarlo —continúa Gonzalo visiblemente incómodo—, sería más útil que esos artículos que ni siquiera te molestas en publicar en Internet. Intento sacarte de tu encierro, pero empieza a ser un poco frustrante.

Abel vuelve a jugar con los cubiertos y tarda en romper su silencio:

—¿En qué quedó la conversación?

—Marcos me aseguró que estaría encantado de que te implicaras, que eres una leyenda en el periódico. Te puso por las nubes.

—Sus jefes también, para que me hiciera más daño al caer. ¿Y ella qué dijo?

—A Catarina se le iluminó la cara, me dijo que le gustaría hablar contigo. Es lista. Seguro que te cae bien. Tiene

mi edad, y de niña también vivió en Lisboa. Ya hemos compartido recuerdos de aquellos años. Su familia lo pasó muy mal con Salazar, su abuelo murió en la cárcel y a su padre lo detuvieron varias veces. Enseñaba Historia en la Universidad de Lisboa. Murió hace pocos años y Catarina dice que se llevó muchos secretos a la tumba.

—¿Qué hace en el periódico?

—Un blog de fotografía. Tiene un montón de seguidores en la edición digital.

Abel arquea las cejas.

—¿Un blog de fotografía?

—Hace fotos de las frases que ve en la calle, pintadas y carteles de todo tipo sobre temas de actualidad. Lo ha titulado «Señales de vida inteligente». Catarina tiene un sentido del humor especial. Os entenderíais.

A Abel se le viene a la cabeza la pintada que ha visto al salir de casa, pero cambia de tercio.

—Te veo muy interesado por la fotógrafa.

Gonzalo esquiva la mirada de su padre.

—No es el mejor momento. De eso también quería hablarte, pero antes prométeme que te pensarás lo de Humberto Delgado.

El camarero llega con las fuentes y Abel parece aliviado por no tener que contestar mientras hace sitio a las raciones y comienza por servirse una croqueta. Está muy caliente y la deja enfriar en el plato.

—¿Y qué es lo otro?

Gonzalo trocea una alita de pollo con los dedos.

—Tengo una oferta muy interesante como asesor económico de una oenegé. Estaré un par de meses a prueba, pero ofrecen un buen sueldo, un contrato de dos años prorrogables y la posibilidad de viajar. No puedo rechazarla.

—¿Por qué ibas a rechazarla?

—Es en Mozambique y apenas podré venir. La oenegé está en Maputo y me tocará viajar por todo el país, negociar con las autoridades locales y conseguir financiación pa-

ra los proyectos. Necesitan a alguien que hable portugués, y me parece un momento perfecto para cambiar de aires.

—Suenan interesante. —Abel trata de que su voz no lo delate—. Al final, los años en Lisboa te van a servir de algo.

Con un nudo en la garganta, echa un nuevo trago y aguanta la mirada de Gonzalo. Y sus recuerdos parecen llevarlo a esa azotea desde la que podían ver los barcos entrando en el estuario del Tajo, los tejados escalonados hacia el río y el brillo especial de aquella ciudad que había soltado el lastre de una dictadura interminable.

—¿Recuerdas la casa del Largo das Portas do Sol?

—¿Cómo no la voy a recordar? Siempre estaba llena de gente hablando a voz en grito. Y recuerdo que mamá y tú me mandabais a jugar a la plaza para que os dejara dormir la siesta. Muy a menudo, por cierto.

—La última vez que fui a Lisboa, hace seis años, me acerqué al barrio y me pareció que la casa estaba radiante. Habían restaurado la fachada y los azulejos habían recuperado sus tonos originales. —Abel toquetea la croqueta—. Estuve a punto de preguntar si quedaba algún piso libre, pero el barrio se ha puesto muy caro y las vistas ya no son las mismas. En el muelle atracan cruceros de cuatro pisos y los turistas se acercan al mirador de Santa Lucía como si fueran de peregrinación.

Gonzalo lo observa pensativo.

—¿Seguro que te alegras de lo de mi trabajo?

—Tal como están las cosas, ¿qué quieres que diga? Serás uno de esos miles de españoles que disfrutan de nuestra famosa movilidad exterior.

Gonzalo amaga una sonrisa.

—¿Cuándo te vas?

—Quedan algunos trámites, el visado y todo eso. Calculo que me iré en dos o tres semanas. Todavía no he dicho nada en el periódico, antes quería hablarlo contigo.

El televisor sigue atronando en el comedor vacío. En la pantalla dan un breve sobre la violación de una adolescen-

te durante unas fiestas, seguido de la noticia de un tuitero demandado por un comentario sobre la familia real.

Abel lanza una mirada hostil y hace un gesto malhumorado al camarero.

—¿Le importa quitarla? Apenas se puede hablar con tanto ruido.

El camarero coge el mando secamente y apaga el televisor.

—Deberías llamar a mamá de vez en cuando —dice Gonzalo pinchando un trozo de champiñón—. Dice que no quieres saber nada de ella.

Abel apura su cerveza como si hubiera olvidado la croqueta en el plato.